La Tertulia en la Quincalla
Por Fernando Delgado

Aquel pequeño negocio de mi padre, cerca de la Plaza del Mercado, daba al costado de la botica de don Ángel Sierra, en la esquina de la **Capitán Correa** con la **Mariano Vidal.** Ambas vías son de un solo carril y de longitud muy limitada... la **Mariano Vidal,** de unos sesenta o setenta metros.

A poca distancia de dicha **Botica del** Mercado, en dirección de la plaza con idéntico nombre, resaltaba el gran letrero del " **Gallo de Fifo ",** que resultó histórico en **Arecibo,** ya que tantos lo recordamos por su vistosidad.

El edificio donde estaba la quincalla, de dos pisos, y con un área mucho mayor que la de ésta, era propiedad de una familia **Becerra,** de Ponce.

A eso de las nueve, a nueve y media de la mañana comenzaban a llegar allí, atraídos por una misteriosa necesidad de compartir sucesos de la vida en **Arecibo... y en la Isla**, los rutinarios participantes de aquella olvidada costumbre... la tertulia. La terminaban poco antes del mediodía, cuando todos los comercios cerraban " para almorzar ".

El primero en llegar lo era, con frecuencia, don **Severo Jay.** Aquí estamos " tocando de oído " la ortografía de su apellido. Sólo estamos seguros de que se pronunciaba como " alto ", pero en inglés. Don **Severo,** que vivía en la salida para **Hatillo,** frente a la antigua **Lechonera,** siempre andaba con su buen humor, su optimismo y su perenne sombrero panameño, mejor conocido como " pra – pra " en el lenguaje pueblerino. No le importaba, estoy seguro, de caminar aquel trecho de un kilómetro para llegar a la tertulia y ponerle azúcar, pimienta y risas, con sus peculiares " salidas " en la conversación. Su capacidad de ver pasar la vida y soltar una constante carcajada constituía, seguramente, un singular atractivo para la permanencia de aquel grupo.

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

Otro " tertuliano ", de tez transparente, de pocas palabras y con su corbata y sombrero, venía de cerca del Paseo de Víctor, donde vivía. Si no me equivoco, estaba casado con doña Celia Matei. ¿ Quién me iba a decir entonces, cuando éramos un mozalbete, que don **Arturo Nicolau** era un notable periodista, amigo cercano de **Coll y Toste,** y de cuya pluma algunas cuartillas han quedado conservadas en los archivos periodísticos de **El Imparcial** ? Ahora, cuando vengo a tener conocimiento de su don, escribiendo, comprendo el porqué de su parquedad... quizás estaba asimilando todas las ideas que circulaban en la conversación, para luego escribir algo relacionado con lo que captó, al conjugarlas.

Otros asiduos miembros de aquel legendario foro lo eran nuestro vecino del **Cerro de la Monserrate, don Paco Morales,** don **Tomás Jordán**, quien vivía muy cerca de la quincalla, en la **Capitán Correa,** y un caballero, amigo de la familia, del que no recuerdo su apellido, pero sí su nombre: don **Paco...** un señor alto, enjuto, que usaba corbata y sombrero. Creo que residía en el sector de **Buenos Aires.**

Por último, acudía con frecuencia aquel personaje con gafas verde claro y paso lento. Por la dificultad con su visión, siempre se le cedía la silla giratoria del escritorio de mi padre. Allí sentado, le gustaba añadir melodías silbadas a sus comentarios, entrelazándolos al giro de la conversación. Era don **Lalo Monrozeau... ¡** Quién sabe si allí concibió alguna estrofa para **El Sueño de una Princesa...** o para su **Dora,** o quizás para el por todos conocido Himno de nuestra villa: **Arecibo ¡**

¿ Cómo procedía aquel foro cuando se introducía un asunto delicado ? La costumbre era, que el que lo traía a discusión llevaba aparte al que iba a recibir la información. Allí, en un pasillo detrás del " mostrador " de la mercancía, se lo hacía saber, en voz baja.

La quincalla tenía cuatro puertas. En tres de ellas, mi padre contaba con " guardias de seguridad "... Eran dos amigos que lustraban zapatos, y otro que vendía " chucherías " que exhibía en una canasta amplia. Este último, lo conocíamos simplemente como " **Nando ".** Probablemente era tocayo nuestro.

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

Los primeros dos, **Yan** y **“ Juguito “** dejaban su caja de dispositivos de trabajo en la quincalla, por la noche. En sus horas de labor, sacaban la caja que los contenía a la acera, frente a una de las puertas del diminuto negocio, y allí trabajaban. **Yan** tenía carácter reservado y era muy respetuoso. Al final de sus años perdió una de sus piernas, acosado por alguna enfermedad.

Quizás por mi corta edad entonces, nunca supe los nombres de aquellos dos amigos. Lo único que recuerdo es el origen del sobrenombre de “ **Juguito “...** El pobre hombre, muy afable conversador, era muy tierno con el alcohol. Al no poder pagar la consabida bebida para satisfacer su “ costumbre “, elaboraba económicamente su “ juguito “, comprando en la plaza un refresco de china, que conocíamos como “ chinita “; luego iba a la botica de don **Àngel Sierra,** y conseguía una botellita de alcohol... ¡ y las mezclaba!

Así transcurría la vida en la quincalla de mi padre, que constituyó el segundo capítulo de su manera de ganarse la vida. El primero y el tercero los hizo como “ dependiente “, que era como se conocía al simple empleado, de la **Ferretería Mera.** O sea, que terminó donde empezó, y donde siempre fue generosamente acogido.

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/